

no hay más que una mujer en el mundo? preguntó sonriendo. ¿A qué acibarar con penas infinitas una vida tan corta?—Miré con estupor á Paulina, la cual se marchó. Yo no lo eché de ver; había oído su voz sin comprender el sentido de sus palabras. En breve tuve que llevar el manuscrito de mis memorias á mi contratista de literatura. Preocupado con mi pasión, ignoraba yo cómo había podido vivir sin dinero; únicamente sabía que los cuatrocientos cincuenta francos que debía cobrar bastarían para pagar mis deudas: fui, pues, á buscar mi salario y topé con Rastignac que me encontró desmedrado, enflaquecido.—¿De qué hospital sales? me preguntó.—Esa mujer me mata, le contesté. No puedo despreciarla ni olvidarla.—Será preciso matarla; así no pensarás más en ella, dijo riendo.—Muchas veces lo he pensado; pero si alguna de ellas he aliviado mi alma con la idea de un crimen, violación ó asesinato, ó las dos cosas juntas, en realidad me encuentro incapaz de cometerlo. La condesa es un admirable monstruo que pediría perdón, y no es Otelo todo aquel que quiere serlo.—Es como todas las mujeres que no podemos tener, dijo Rastignac interrumpiéndome.—Estoy loco, añadí; siento que la insania ruga por momentos en mi cerebro. Mis ideas son á modo de fantasmas que danzan delante de mí sin que pueda cogerlas. Prefiero la muerte á esta vida; por esto busco con conciencia el mejor medio de poner fin á esta lucha. Ya no se trata de la Fedora viviente, de la Fedora de la calle de San Honorato, sino de mi Fedora, de la que está aquí, dije dándole una palmada en la frente. ¿Qué te parece el opio?—¡Bah! Padecimientos atro-

ces, respondió Rastignac.—¿Y la asfixia?—Muy mala.—¿Y el Sena?—Las redes de la Morgue están muy sucias.—¿Y un pistoletazo?—Si yerras el tiro te quedas desfigurado para siempre. Oye, repuso, yo también, como todos los jóvenes, he meditado en el suicidio. ¿Quién de nosotros, á los treinta años, no se ha matado dos ó tres veces? Pues no he encontrado nada mejor que desgastar la existencia á fuerza de placeres. Encenágate en una disolución profunda, y es bien seguro que tu pasión ó tú pereceréis en ella. La intemperancia, amigo mío, es la reina de todas las muertes. ¿No da origen á la apoplejía fulminante? Pues la apoplejía es un tiro que no yerra. Las orgías que nos prodigan todos los placeres físicos, ¿no equivalen al opio suministrado en pequeñas dosis? La crápula, obligándonos á beber sin tasa ni medida, lanza mortales retos al vino. El tonel de malvasía del duque de Clarence, ¿no es más grato al paladar que las aguas cenagosas del Sena? Cuando caemos noblemente bebidos debajo de la mesa, ¿no es aquello una verdadera asfixia periódica? Si una patrulla nos recoge en la calle, cuando estamos tendidos en los fríos camastros de los cuerpos de guardia, ¿no disfrutamos de los placeres de la Morgue fuera de los vientres hinchados, turgentes, azules y verdes, más la inteligencia de la crisis? ¡Ah! este prolongado suicidio no es una muerte de tendero quebrado. Los negociantes han deshonrado al río desde que se arrojan al agua para enternecer á sus acreedores. Yo, en tu lugar, procuraría morir con elegancia. Si quieres crear un nuevo género de muerte desprendiéndote de ese modo de la vida, yo te sigo

Me aburro, estoy desalentado. La alsaciana con quien me habían propuesto casarme tiene seis dedos en el pie izquierdo, y yo no puedo vivir con una mujer que tiene seis dedos, porque se sabría y me pondría en ridículo. Además, sólo posee dieciocho mil francos de renta, de suerte que su fortuna disminuye mientras que sus dedos aumentan. ¡Váyase todo al diablo! Llevando una vida furiosamente desarreglada, puede ser que encontremos la felicidad por casualidad.—Rastignac me arrastró. Aquel proyecto brindaba con seducciones demasiado fuertes: reavivaba sobradas esperanzas, tenía, en fin, un color poético en demasía para no agradar á un poeta.—¿Y el dinero? le pregunté.—¿No tienes cuatrocientos cincuenta francos?—Sí, pero debo al sastre y á la patrona.—¡Pagas al sastre! ¡Ay amigo mío! Nunca serás nada, ni siquiera ministro.—Pero ¿qué podemos hacer con veinte luises?—Jugarlos.—Me estremecí.—¡Ah! repuso al ver mi gazmoñería: ¿quieres lanzarte en lo que yo llamo "sistema disipacional" y te asusta un tapete verde?—Te diré, le respondí. Prometí á mi padre que jamás pondría el pie en una casa de juego, y esta promesa no tan sólo es sagrada para mí, sino que siento un horror invencible al pasar por delante de un garito; toma mis cien escudos y ve solo. Mientras arriesgas nuestra fortuna, pondré en orden mis asuntos y luego iré á esperarte en tu casa.

Y aquí tienes cómo me perdí. Bástale á un joven tropezar con una mujer que no le ame ó que le ame demasiado, para dar al traste con la morigeración de su vida. La dicha devora nuestras fuerzas, como la desdi-

cha extingue nuestras virtudes. De regreso en mi casa de la calle de San Quintín, contemplé largo tiempo la buhardilla en que había llevado la modesta y casta vida del hombre estudioso: vida que tal vez hubiera sido honrosa, larga, y que no habría debido dejar por la vida apasionada que me arrastraba á un abismo. Paulina me sorprendió en una actitud melancólica.—¿Qué tiene usted? me preguntó. Me levanté friamente y conté el dinero que debía á su madre, añadiendo el precio de mi alquiler por semestre. La joven se me quedó mirando con una especie de terror.—Me marchó de esta casa, Paulina.—Lo he adivinado.—Escuche usted, hija mía no renuncio á volver aquí. Guárdenme medio año mi celda; si no he vuelto para el 15 de Noviembre, me heredaré usted. Este manuscrito sellado, le dije enseñándole un legajo, es el original de mi grande obra sobre la "Voluntad," que entregará usted en la Biblioteca del Rey. En cuanto á lo que aquí dejo, disponga usted de ello como quiera.—Paulina me dirigía miradas que pesaban sobre mi corazón: estaba allí como una conciencia viviente.—Ya no daré más lecciones, me dijo enseñándome el piano. No la contesté.—¿Me escribirá usted?....—Adiós, Paulina. La atraje suavemente á mí y estampé un beso de anciano, en aquella frente amorosa, virgen como la nieve que no ha tocado el suelo. En seguida salió presurosa. No quise ver á la señora Gaudín: dejé mi llave en el sitio de costumbre y me marché. Al desembocar de la calle de Cluny oí detrás de mí el paso ligero de una mujer.—Había bordado este bolsillo para usted; ¿quiere usted aceptarlo? me dijo Paulina. Creí ver á la luz de

un farol que en los ojos de la joven brillaba una lágrima y suspiré. Impulsados ambos quizás por el mismo pensamiento nos separamos con la precipitación de gente que quiere huir de la peste. La vida de disipación á que iba á entregarme apareció ante mí singularmente representada en la habitación donde aguardé con noble indiferencia el regreso de Rastignac. Encima de la chimenea había un reloj rematado en una Venus sentada en su tortuga y con un cigarro medio consumido entre los brazos. Veíanse allí muebles elegantes, regalos del amor. En un voluptuoso diván estaban tirados unos zapatos viejos. El cómodo sillón de muelles en el que me había sentado tenía cicatrices como un soldado viejo, presentaba á las miradas sus brazos desgarrados y ostentaba incrustadas en el respaldo la pomada y el aceite de olor llevados por todas las cabezas de los amigos. La opulencia y la miseria andaban ingenuamente mezcladas en la cama, en las paredes, en todas partes. Parecía estarse en presencia de los palacios de Nápoles rodeados de lazzaroni. Era una habitación de jugador ó de calavera cuyo lujo es puramente personal, que vive de sensaciones, y no se le da ningún cuidado de las incoherencias. Pero aquel cuadro no carecía de poesía. La vida se mostraba allí con sus oropeles y sus harapos, brusca incompleta como lo es en realidad; pero viva, fantástica como en un alto en que el merodeador ha saqueado todo cuanto le gusta. Un tomo de Byron, al que faltaban muchas páginas, había servido para encender la chimenea del joven que arriesga mil francos al juego y no tiene un tronco de leña, que se pasea en tálburi sin po-

seer una camisa sana y utilizable. Al día siguiente una condesa, una actriz ó el "ecarté" le proporcionan un ajuar de rey. Aquí había una bujía metida en la funda verde de una caja de avíos de encender; allá, yacía un retrato de mujer del que se había quitado el cerco de oro cincelado. ¿Por qué un joven naturalmente ávido de emociones renunciaba á los atractivos de una vida tan rica en oposiciones y que le deparaban los placeres de la guerra en tiempo de paz?

Estaba yo casi adormecido, cuando Rastignac abrió de un violento puntapié la puerta de la habitación, y entró gritando:—¡Victoria! ¡Ya podemos morir á nuestro gusto!—Me enseñó su sombrero lleno de oro, lo puso sobre la mesa, y empezamos á bailar alrededor de ella como dos caníbales que se disponen á devorar una presa, aullando, pateando, saltando, dándonos puñetazos capaces de aplastar á un rinoceronte y cantando al aspecto de todos los placeres del mundo contenidos para nosotros en aquel sombrero.—Veintisiete mil francos, decía Rastignac agregando unos cuantos billetes de Banco á aquel montón de oro. Otros tendrían bastante con este dinero para vivir, pero á nosotros, ¿nos bastará para morir? ¡Oh sí! Expiraremos en un baño de oro. ¡Hurra;—Y volvimos á hacer cabriolas. Nos repartimos aquella cantidad como herederos, moneda por moneda, empezando por los napoleones dobles, pasando de las piezas más grandes á las más pequeñas y destilando nuestra ventura diciendo largo tiempo: Para ti. Para mí.—No dormiremos, dijo Rastignac; José trae ponche.—Y echó dinero á su fiel criado:—He aquí tu parte, le dijo, entiérrate si puedes.

—Al día siguiente compré muebles en casa de Lesage, alquilé la habitación en que me has conocido en la calle Taitbout, y encargué al mejor tapicero que la amueblara. Tuve caballos; me lancé en un torbellino de placeres insulsos y reales á la vez. Jugaba, ganaba y perdía alternativamente enormes sumas: pero en el baile, en casa de nuestros amigos, jamás en las de juego, las cuales me inspiraban mi santo y primitivo horror. Insensiblemente fui haciéndome amigos, y debí su amistad á cuestiones ó á esa confiada facilidad con que nos revelamos nuestros secretos envileciéndonos mutuamente; y quizás adquiriendo por ellos más solidaridad que por nuestros vicios. Me aventuré á escribir algunas composiciones literarias que me valieron lisonjas. Los grandes hombres de la literatura mercantil, no viendo en mí un rival que temer, me ensalzaron, no tanto por mi mérito personal cuanto por rebajar el de sus colegas. Llegué á ser un "vividor," valiéndome de la expresión pintoresca consagrada por vuestro lenguaje de orgía. Cifraba cierto amor propio en matarme pronto, en abrumar á mis más alegres compañeros con mi verbosidad y mi poder. Yo me presentaba siempre elegante, lozano; pasaba por ingenioso. Nada revelaba en mí esa espantosa existencia que hace de un hombre un embudo, un aparato de quilo, un caballo de lujo. ¡En breve se me apareció el Libertinaje con toda la majestad de su horror y lo comprendí. Los hombres cuerdos y morigerados que rotulan botellas para sus herederos apenas pueden concebir la teoría de tan holgada vida ni su estado normal. ¿Se podrá inculcar su poesía á los provincianos para quienes el opio

y el té, tan pródigo de delicias, no son todavía más que dos medicamentos? En el mismo París, en esta capital del pensamiento, ¿no hay sibaritas incompletos? Incapaces de soportar el exceso del placer, ¿no se retiran fatigados después de una orgía como lo están esos tranquilos ciudadanos que después de oír una nueva ópera de Rossini, murmuran de la música? ¿No renuncian á esa vida, del mismo modo que un hombre sobrio no puede comer pasteles de Ruffec porque el primero que han comido se les ha indigestado? El libertinaje es seguramente un arte como la poesía, y quiere almas fuertes. Para apreciar sus misterios, para saborear sus bellezas, el hombre debe estudiarlo en cierto modo concienzudamente. Como todas las ciencias, al principio es repulsivo, espinoso. Inmensos obstáculos rodean los placeres del hombre, no sus goces de detalle, sino los sistemas que erigen en costumbre sus más raras sensaciones, las resumen, las fertilizan creándole una vida dramática en su vida: exigiendo una exorbitante, una pronta disipación de sus fuerzas. La Guerra, el Poder, las Artes, son corrupciones puestas tan lejos del alcance humano, tan profundas como, puede serlo el libertinaje, y todas son de difícil acceso. Pero tan luego como el hombre ha subido al asalto de esos grandes misterios, ¿no va por un mundo nuevo? Los generales, los ministros, los artistas, todos se inclinan más ó menos á la disolución por la necesidad de oponer violentas distracciones á su existencia tan fuera de la vida común. Y bien mirado, la guerra es el libertinaje de la sangre, como la política es el de los intereses. Todos los excesos son hermanos. Esas mons-

truosidades sociales tienen el poder de los abismos, nos atraen como Santa Elena llamaba á Napoleón; causan vértigos, fascinan; pero sin saber por qué, queremos ver su fondo. Tal vez exista en esos precipicios la idea de lo infinito, quizás contenga alguna gran lisonja para el hombre: ¿no lo atribuye entonces todo interesadamente á sí mismo? Para formar contraste con el paraíso de sus horas estudiosas, con las delicias de la concepción, el artista cansado pide, ya como Dios el reposo del domingo, ó como el diablo las voluptuosidades del infierno, á fin de oponer el trabajo de los sentidos al trabajo de sus facultades. El pasatiempo del lord Byron no podía ser el gárrulo "boston" de un hacendado cualquiera; y por eso quiso jugar la Grecia contra el sultán Mahmud. En la guerra, ¿no se convierte el hombre en un ángel exterminador, en una especie de verdugo, pero gigantesco? ¿No se requieren encantamientos bien extraordinarios para hacernos aceptar esos atroces dolores, enemigos de nuestra débil envoltura humana, que rodean las pasiones como un yaladar espinoso? Si el fumador se revuelca convulsivamente y pasa por una especie de agonía después de abusar del tabaco, ¿no ha asistido á deliciosas fiestas en no sé qué regiones? ¿La Europa no ha vuelto á empezar la guerra sin tomarse siquiera el tiempo necesario para secarse los pies hundidos en sangre hasta el tobillo? ¿Será que el hombre en masa tiene su embriaguez como la naturaleza tiene sus accesos de amor? Para el hombre privado, para el Mirabeau que vegeta bajo un reinado pacífico y sueña con tempestades, el libertinaje lo comprende todo; es una perpetua lucha á brazo

partido de toda la vida, ó por mejor decir, un duelo con una potestad desconocida, con un monstruo; al principio el monstruo asusta, hay que asirle por los cuernos á costa de fatigas inauditas; ¿la naturaleza nos ha dotado de un estómago estrecho y perezoso? pues lo domamos, lo ensanchamos, le enseñamos á contener el vino, domesticamos la embriaguez, pasamos las noches sin dormir, y en fin, ¿nos formamos un temperamento de coronel de coraceros, creándonos á nosotros mismos por segunda vez, como para retar á Dios! Cuando el hombre se ha metamorfoseado así, cuando, soldado viejo, el neófito ha amoldado su alma á la artillería y acostumbra sus piernas á la marcha sin pertenecer aún al monstruo, pero sin saber cuál de ambos es el amo, se revuelcan el uno sobre el otro, ora vencedores, ora vencidos, en una esfera en que todo es maravilloso, donde se adormecen los dolores del alma, donde reviven solamente los fantasmas de ideas. Lucha tan atroz se ha hecho ya necesaria. El disipador, realizando la patraña de esos fabulosos personajes que, según las leyendas, han vendido su alma al diablo para tener la facultad de hacer daño, ha trocado su muerte por todos los gozes de la vida, pero abundantes, fecundos. La existencia hierve y huye como un torrente en lugar de correr largo tiempo entre dos riberas monótonas, detrás de un mostrador ó en el fondo de un escritorio. En fin, el libertinaje es sin duda al cuerpo lo que los placeres místicos son al alma. La embriaguez nos sume en sueños cuyas fantasmagorías son tan curiosas como pueden serlo las del éxtasis. Tenemos horas deliciosas como los caprichos de una

doncella, pláticas agradables con amigos frâses que retratan toda una vida, alegrías francas y sin trastienda, viajes sin cansancio, poemas desarrollados en pocas palabras. La brutal satisfacción de la bestia, en el fondo de la cual la ciencia ha ido á buscar un alma, va seguida de gratísimos sopores por los cuales suspiran los hombres aburridos de su inteligencia. ¿Por ventura no sienten toda la necesidad de un reposo completo, y el libertinaje, la depravación, no es una especie de impuesto que el genio paga al mal? Considera todos los grandes hombres: si no son voluptuosos, la naturaleza los crea ruines. Una potestad, viciosa ó burlona, les vicia el alma y el cuerpo para neutralizar el efecto de sus talentos. Durante esas horas avinadas los hombres y las cosas comparecen ante nosotros vestidos con nuestras libreas. Reyes de la creación, la transformamos á nuestro albedrío. A través de este delirio perpetuo, el juego nos vierte, según queremos, plomo derretido en las venas. Un día pertenecemos al monstruo, y entonces tenemos, como lo tuve yo, un despertar rabioso; la impotencia está sentada á la cabecera de nuestra cama. Antiguos guerreros, una tisis nos consume; diplomáticos, un aneurisma suspende en nuestro corazón la muerte de un hilo: á mí quizás me dirá una pulmonía: "¡Vámonos!" como se lo dijo en otro tiempo á Rafael de Urbino, muerto de un exceso de amor. ¡He ahí cómo he vivido! Llegaba demasiado pronto ó demasiado tarde á la vida del mundo; mi fuerza hubiera sido peligrosa en ella si no la hubiera amortiguado así: ¿no se curó el universo de las violencias de Alejandro, merced á la copa de Hércules, al

final de una orgía? Finalmente, ciertos destinos burlados necesitan el cielo ó el infierno, la disipación, el libertinaje ó el hospicio del monte de San Bernardo. Hace poco no tenía ánimo para predicar moral á estas dos criaturas, dijo designando á Eufrasia y á Aquí: "¿No eran mi historia personificada, una imagen de mi vida? No podía acusarlas, porque se me aparecían como jueces.

En medio de ese poema viviente, en el seno de esa enfermedad aturdidora, tuve dos crisis bien fértiles en acerbos dolores. Primeramente, á los pocos días de haberme arrojado como Sardanápalo en mi pira, encontré á Fedora bajo el peristilo de los Bufos. Ambos aguardábamos nuestros coches.—¡Ah! ¡Le encuentro á usted vivo todavía!—Esta frase era la traducción de su sonrisa, de las maliciosas y sordas palabras que dijo á su acompañante contándole sin duda mi historia y juzgando mi amor como un amor vulgar. Se jactaba de su falsa perspicacia. ¡Oh! ¡Morir por ella, adorarla todavía verla, en mis excesos, en mis embriagueces, en el lecho de las cortesanas, y sentirme víctima de sus befas! No poder desgarrar mi pecho y desentrañar de él mi amor para arrojarlo á sus pies! Por último, consumí fácilmente mi tesoro: mis tres años de vida igual y arreglada me habían dotado de una salud robustísima, y el día en que me encontraba sin dinero, me sentía sano y bueno. Para seguir muriendo firmé letras de cambio á corto plazo, y el día del vencimiento llegó. ¡Crueles emociones! ¡Cómo hacen vivir los corazones jóvenes! Yo no estaba hecho para envejecer todavía: mi alma continuaba siendo joven, vivaz, lozana. Mi pri-

mera deuda reanimó todas mis virtudes y acudieron á paso lento y me parecieron desoladas. Supe transigir con ellas como con esas tías ancianas que empiezan por reñirnos y acaban por darnos lágrimas y dinero. Mi imaginación, más severa que esas buenas tías, me mostraba mi nombre viajando, de ciudad en ciudad, por todas las plazas de Europa. "Nuestro nombre somos nosotros mismos," ha dicho Eugenio Salverte. Después de vagabundas caminatas, iba á volver á mi hogar del que no había salido para despertarme á mí mismo sobresaltado. En otro tiempo veía con indiferencia por las calles de París á esos cobradores del Banco, remordimientos comerciales, vestidos de gris, llevando la librea de su amo con una placa de plata; pero hoy los aborrecía de antemano. ¿No vendría uno de ellos cualquier mañana á pedirme cuenta de las once letras de cambio que yo había firmado? Mi firma valía tres mil francos, cantidad que yo mismo no valía. Los alguaciles de cara indiferente á todas las desesperaciones, hasta á la muerte, surgían ante mí, como los verdugos que dicen á un sentenciado: Ya han dado las tres y media. Sus dependientes tenían el derecho de apoderarse de mí, de tomar mi nombre, de mancillarlo, de mofarse de él. "¡Yo tenía deudas!" ¿Y deber es pertenecerse? ¿No podían otros hombres pedirme cuenta de mi vida? ¿Por qué comía "puddings á la chipolata?" ¿por qué bebía agua helada? ¿por qué dormía, andaba, pensaba, me distraía sin pagarles? En medio de una poesía, en el seno de una idea, en el almuerzo rodeado de amigos, de alegría, de gratas bromas, podía ver entrar un sujeto de frac color de castaña con un sombre-

ro raído en la mano. Ese individuo será mi deuda, mi letra de cambio, un espectro que aguará mi contento y me obligará á levantarme de la mesa para hablarle; me arrebatará mi júbilo, mi querida, todo, hasta mi lecho. El remordimiento es más tolerable; no nos pone en la calle ni en Santa Pelagia, ni nos hunde en esa execrable sentina del vicio, ni nos envía al cadalso donde el verdugo ennoblece; en el momento de nuestro suplicio todo el mundo cree en nuestra inocencia, en tanto que la sociedad no concede una virtud al libertino sin dinero. Luego esas deudas de dos patas, vestidas de paño verde, llevando anteojos azules ó paraguas multicolores con los cuales nos encontramos frente á frente al revolver de una esquina en el momento en que más contentos estamos, esas gentes tendrán el horrible privilegio de decir: "El señor de Valentín me debe y no me paga. Le cojo, y ¡cuidado con que me haga mala cara!" Es preciso saludar á nuestros acreedores, y saludarles con gracia. "¿Cuándo me pagará usted?" dicen. Y nos vemos en la obligación de mentir, de acudir á otro hombre en solicitud de dinero, de encorvarnos ante un necio sentado delante de su caja, de aguantar su mirada fría, mirada de sanguijuela más odiosa que una bofetada, de soportar su moral de Baramé y su crasa ignorancia. Una deuda es una obra de imaginación que esos hombres no comprenden. Hay arranques del alma que arrastran, subyugan á menudo al que tomá dinero prestado, mientras que no hay nada grande que subyugue, ni nada generoso que guíe á los que viven del dinero y no conocen más que el dinero. Yo le tenía horror. En fin, la letra de cambio puede

metamorfosearse en un anciano cargado de familia, abundante en virtudes. Yo debería quizá á un cuadro viviente de Greuze á un paralítico rodeado de hijos, á la viuda de un soldado, todos los cuales me alargarian manos suplicantes. Terribles acreedores con los cuales es forzoso llorar, y cuando les hemos pagado, aun les debemos socorros.

La víspera del vencimiento me había acostado con ese sosiego falaz de las personas que duermen en vísperas de su ejecución, poco antes de un duelo, y se dejan halagar siempre por una engañadora esperanza. Mas al despertarme, cuando recobré mi sangre fría, cuando sentí mi alma aprisionada en la cartera de un banquero, tendida sobre estados de cuentas escrita con tinta encarnada, mis deudas brotaron por todas partes como langostas; estaban en mi reloj de sobremesa, en mis sillones, ó incrustadas en los muebles de que más á gusto me servía. Presa de las arpías del Chatelet, esos dulces esclavos materiales iban á desaparecer de allí en manos de los alguaciles y á ser brutalmente arrojados á la plaza. ¡Ah! Lo que me quedaba era solamente mi persona. La campanilla de mi estancia resonaba en mi corazón; sus sacudidas me herían en donde se debe herir á los reyes, en la cabeza. Era un martirio sin el cielo por recompensa. Sí, para un hombre generoso una deuda es el infierno, pero infierno con alguaciles y agentes de negocios. Una deuda no pagada es la baja, un principio de estafa, y peor que esto, una mentira; inicia crímenes y va reuniendo los tablonés del patíbulo. Mis letras fueron protestadas, pero á los tres días las pagué, y he aquí cómo: Un especulador vino á

proponerme que le vendiera la isla que yo poseía en el Loira y en la que estaba el sepulcro de mi madre. Acepté. Al firmar la escritura en casa del notario, sentí en el fondo de aquel obscuro estudio un fresco semejante al de una cueva. Me estremecí al reconocer el mismo frío húmedo que me había sobrecogido al borde de la huesa en que yacía mi madre. Tuve aquella casualidad por un funesto agüero: ¡me parecía oír la voz de mi madre y ver su sombra; no sé qué potestad hacía resonar en mi oído mi propio nombre en medio de un clamoreo de campanas. El importe de mi isla me dejó dos mil francos después de pagar todas mis deudas. Habría podido volver á adoptar la tranquila existencia del hombre estudioso, á habitar mi buhardilla después de haber probado lo que era la vida: encerrarme en ella con la cabeza llena de observaciones y gozando ya de cierta reputación. Pero Fedora no había soltado su presa. A menudo nos encontrábamos frente á frente. Yo hacía que le zumbaran mi nombre en los oídos sus amantes maravillados de mi talento, de mis caballos, de mis trenes, de mis triunfos; pero ella se quedaba fría é insensible, y ni siquiera la afectaba esta horrible frase: “¡Se está matando por usted!” dicha por Rastignac. Yo encargaba al mundo entero de mi venganza, pero no era feliz. Al ahondar así la vida hasta el fango, había anhelado más y más las delicias de un amor compartido, perseguía su fantasma al través de los azares de mis disipaciones, en el seno de las orgías. Por desdicha mía, resultaba engañado en mis hermosas creencias, castigado por mis beneficios con la ingratitude, recompensado de mis faltas con mil place-

res. ¡Siniestra filosofía, pero verdadera para el libertino! ¡En fin, Fedora me había pegado la lepra de su vanidad! Al sondear mi alma, la hallé gangrenada, podrida. El demonio me había clavado su espolón en la frente. En adelante no me era posible dejar de sentir los continuos sobresaltos de una vida arriesgada á cada paso, como tampoco podía prescindir de los execrables refinamientos de la riqueza. Si hubiese sido millonario, habría jugado, comido, vagabundeado siempre. No quería quedarme un momento solo conmigo mismo; necesitaba cortesanas, amigos falsos, buen vino y buena mesa para aturdirme. Los lazos que unen al hombre con la familia estaban rotos en mí para siempre. Galeote del placer, debía cumplir mi destino de suicida. Durante los últimos días de mi fortuna, cometí todas las noches excesos increíbles; pero todas las mañanas la muerte me volvía á arrojar á la vida. Semejante al que cobra una renta vitalicia, habría podido pasar tranquilamente por un incendio. Por último, me encontré solo con una moneda de veinte francos, y entonces me acordé de la suerte de Rastignac... — ¡Eh! ¡eh! exclamó pensando de pronto en su talismán que se sacó del bolsillo.

Ya fuese porque, fatigado de las luchas de aquel largo día, no tuviera ya fuerzas para gobernar su inteligencia en las oleadas de vino y de ponche, ó ya porque, exasperado por la imagen de su vida, el torrente de sus palabras le hubiera embriagado insensiblemente, Rafael se animó, se exaltó como un hombre completamente privado de razón.

— ¡Váyase al diablo la muerte! exclamó blandiendo

la piel. Ahora quiero vivir: soy rico, tengo todas las virtudes. Nada me podrá resistir. ¿Quién no ha de ser bueno cuando lo puede todo? ¡Eh! ¡eh! ¡ahé! He deseado doscientos mil francos de renta y los tendré. Saludadme, cerdos que os revolcáis en esas alfombras como en el cieno. Me pertenecéis. ¡Valiente propiedad! Soy rico, puedo compraros á todos, hasta á ese diputado que ronca allí. ¡Ea, canallas de la alta sociedad, bendecidme! ¡Soy papa!

En aquel momento los que dormían oyeron de pronto las exclamaciones de Rafael, hasta entonces ahogadas por el continuo rumor de los ronquidos; la mayor parte de ellos se despertó gritando, y al ver á su interruptor que apenas podía sostenerse, maldijeron su estruendosa borrachera con un concierto de juramentos.

— ¡A ver si os calláis! — gritó Rafael. — ¡Perros á vuestras casetas! Emilio, tengo tesoros, te daré cigarrros de la Habana.

— Ya te oigo — contestó el poeta. — “¡Fedora ó la muerte!” Sigue adelante. Esa alimbarada Fedora te ha engañado. Todas las mujeres son hijas de Eva. Tu historia no es dramática ni mucho menos.

— ¡Ah! ¿Conque estabas durmiendo, cazurro?

— ¡No! Fedora ó la muerte. Ya ves que te estaba escuchando.

— Despierta — exclamó Rafael golpeando á Emilio con la piel de zapa como si quisiera sacar de ella fluido eléctrico.

— ¡Mil rayos! — dijo Emilio levantándose y cogiendo á Rafael á brazo partido; — ten en cuenta que estás con mujerzuelas.

—Soy millonario.

—Millonario no, pero sí borracho.

—¡Borracho de poder! Puedo matarte. ¡Silencio, soy Nerón, soy Nabucodonosor!

—Pero Rafael considera que estamos entre mala compañía, y deberías callarte siquiera por dignidad.

—Mi vida ha sido un prolongado silencio; ahora voy a vengarme del mundo entero. No me entretendré en disipar viles escudos, sino que imitaré, resumiré mi época consumiendo vidas humanas: inteligencias, almas. He ahí un lujo nada mezquino: ¿no es la opulencia de la peste? Lucharé con la fiebre amarilla, azul, verde, con los ejércitos con los cadalsos. Puedo poseer á Fedora. ¡Pero no, no quiero Fedora, es mi enfermedad muero de Fedora! Quiero olvidar á Fedora.

—Si sigues gritando, te llevo al comedor.

—¿Ves esta piel? Es el testamento de Salomón. Salomón, ese rey picaruelo, es mío. También tengo la Arabia hasta la Petrea. El universo es mío. Tú eres mío, si quiero. Si quiero, ¿lo oyes? puedo comprar toda tu tienda de periodista y serás mi criado: me escribirás coplas y me rayarás el papel.

Emilio no pudo más y se llevó á Rafael al comedor.

—Pues bien, sí, amigo mío—le dijo,—soy tu criado. Tú serás redactor en jefe de un periódico, pero calla, sé decente, al menos por consideración á mí. ¿Me quieres?

—¡Que si te quiero! . . . Tendrás cigarros de la Habana con esta piel. ¡Siempre la piel, amigo mío, la piel soberana! Excelente tónico; puedo curar callos. Si tienes callos, te los quitaré.

—Jamás te he visto tan estúpido.

—¿Estúpido yo? No. Esta piel se encoge cuando tengo un deseo. . . . es una antífrasis. El brahmán, porque has de saber que anda un brahmán de por medio; pues bien, el brahmán era un truhán; porque los deseos deben estirar. . . .

—Sí, sí. . . .

—Te digo que. . . .

—Sí, todo eso es mucha verdad; pienso como tú. . . . El deseo estira. . . .

—¡Digo que la piel!

—Sí.

—No me crees. Te conozco, amiguito; eres embustero como un rey nuevo.

—¿Cómo quieres que admita las divagaciones de tu embriaguez?

—Te apuesto, puedo probártelo. Tomemos la medida.

—Está visto que no se dormirá—dijo Emilio al ver que Rafael andaba registrando el comedor.

Valentín, animado de una destreza de mono, gracias á esa singular lucidez cuyos fenómenos contrastan á veces en los beodos con las obtusas visiones de la embriaguez, supo dar con una escribanía y una servilleta, repitiendo de continuo: ¡Midamos! ¡Midamos!

—Pues bien, sí, midamos,—replicó Emilio.

Los dos amigos extendieron la servilleta y pusieron sobre ella la piel de zapa. Emilio, que al parecer tenía el pulso más seguro que Rafael, trazó con la pluma mojada en tinta los contornos del talismán, mientras su amigo le decía:

—He deseado doscientas mil libras de renta. ¿no es verdad? Pues bien, cuando las tenga verás cómo disminuye esta piel.

—Corriente, pero ahora duerme. ¿Quieres que te coloque á gusto en ese sofá? ¡Ajaja! ¿Estás bien?

—Sí, mi niño mamón de la Prensa. Me distraerás cazarás moscas. El amigo de la desgracia tiene derecho á ser amigo del poder. También te daré ci... garros... de la Hab...

—Ea, empolla tu oro, millonario.

Y tú empolla tus artículos. Buenas noches. Hombre, da las buenas noches á Nabucodonosor. ¡Amor! ¡Bebamos! Francia... gloria y rico... rico...

Al poco rato ambos amigos unieron sus ronquidos á la música que resonaba en los salones. ¡Concierto inútil! Las bujías se consumieron una á una haciendo estallar sus arandelas de cristal. La noche envolvió con un crespón aquella prolongada orgía en la cual el relato de Rafael había sido como una orgía de palabras, de frases sin ideas y de ideas á las cuales habían faltado á menudo expresiones.

Al medio día siguiente, la bella Aquilina se levantó bostezando, cansada y con las mejillas surcadas por las huellas del tabarete de terciopelo pintado en que había descansado la cabeza. Eufrosia, despertada por el movimiento de su compañera, se enderezó de pronto lanzando un grito ronco; su lindo rostro, tan blanco, tan fresco la víspera, estaba amarillento y pálido como el de una mujerzuela que va al hospital. Los convidados fueron removiéndose poco á poco, exhalando gemidos siniestros, con los brazos y las piernas en-

tumecidos; y sintiendo al despertar toda clase de cansancios. Un criado abrió las persianas y las ventanas de los salones. Todos se pusieron de pie, llamados á la vida por los cálidos rayos del sol que chisporroteó en las cabezas de los durmientes. Como los movimientos del sueño habían desmoronado el elegante edificio de los peinados y ajado los trajes, las mujeres presentaron un repugnante espectáculo al dar en ellas la luz del día; sus cabellos pendían sin gracia, sus fisonomías habían cambiado de expresión, sus ojos, tan relucientes la noche antes, estaban empañados por la lasitud. Los cutis biliosos, que despiden tanto brillo á la luz artificial, daban horror; los rostros linfáticos, tan blancos, tan suaves cuando están descansados, se habían puesto verdes; las bocas, antes delicadas y rojas, ahora secas y descoloridas, llevaban estampados los vergonzosos estigmas de la embriaguez. Los hombres renegaban de sus queridas nocturnas al verlas de aquel modo demudadas, cadavéricas, como flores pisoteadas en una calle después de pasar una procesión. Pero aquellos hombres desdeñosos estaban más horribles aún. Hubiérase estremecido cualquiera que hubiese visto aquellas caras humanas, de ojos hundidos y ojerosos que parecían no ver nada, abotagadas por el vino, aleladas por un sueño molesto, más cansado que reparador. Aquellos rostros lívidos á los que traslucían en toda su desnudez los apetitos físicos sin la poesía con que los decora nuestra alma, tenían un no sé qué de feroz y de fríamente bestial. Aquel despertamiento del vicio sin ropajes ni afeites; aquel esqueleto del mal desarrapado, frío, vacío y privado de los sofismas del talento ó

de los encantos del lujo, asustó á aquellos intrépidos atletas por acostumbrados que estuviesen á luchar con el libertinaje. Artistas y cortesanas guardaron silencio al contemplar con mirada extraviada el desorden de la habitación en la que todo había sido devastado, arrasado por el fuego de las pasiones. De pronto resonó una risa satánica cuando Taillefer, al oír el sordo resuello de sus huéspedes, intentó saludarlos con una mueca; su rostro sudoroso y sanguinolento pareció tender sobre aquella escena infernal la imagen del crimen sin remordimientos. El cuadro fué completo. Era la vida fangosa en el seno del lujo, una horrible amalgama de las pompas y de las miserias humanas, el despertar de la crápula, cuando con sus manos vigorosas ha exprimido todos los frutos de la vida para no dejar en derredor más que innobles desperdicios ó mentiras en las que ya no cree. ¡Hubiérase creído ver la Muerte sonriendo en medio de una familia apesada; nada de esos perfumes ni de esos resplandores que aturden, nada de júbilo ni de deseos; sino la repugnancia, el asco con sus olores nauseabundos y su punzante filosofía; sino el sol esplendente como la verdad, un aire puro como la virtud que contrastaba con una atmósfera caliginosa, henchida de miasmas, los miasmas de una orgía! A pesar de su práctica del vicio, muchas de aquellas jóvenes recordaron cómo se despertaban en otro tiempo, cuando, inocentes y puras, columbraban por sus ventanas campestres, adornadas de madre selvas y de rosas, un risueño paisaje amenizado por los jubilosos trinos de la alondra, vaporosamente iluminado por los arreboles de la aurora y en-

galanado con las pedrerías del rocío. Otras pensaron en el almuerzo de la familia, la mesa en torno de la cual reían inocentemente los hijos y el padre, en la que todo respiraba indefinible encanto, y los manjares eran tan sencillos como los corazones. Un artista pensaba en la paz de su taller: en su casta estatua, en el gracioso modelo que le estaba esperando. Un joven, acordándose del pleito del que dependía la suerte de una familia, pensaba en la transacción importante que reclamaba su presencia. El erudito echaba de menos su despacho al que le llamaba una interesante obra. Casi todos se quejaban de sí mismos. En aquel momento se presentó Emilio, fresco y sonrosado como el mancebo más guapo de una tienda en boga.

—Estáis más feos que alguaciles—dijo;—hoy no podréis hacer nada; soy de parecer que almorcemos.

Al oír estas palabras Taillefer salió para dar sus órdenes. Las mujeres se pusieron lánguidamente á remediar el desorden de sus trajes delante de los espejos. Cada cual fué saliendo de su marasmo. Los más viciosos empezaron á predicar á los más cuerdos. Las cortesanas se burlaron de los que no parecían encontrarse con fuerzas para continuar aquel rudo festín. En un instante, aquellos espectros se animaron, formaron corrillos, se interrogaron y sonrieron. Algunos criados hábiles y listos pusieron con presteza los muebles y cada cosa en su sitio, y luego sirvieron un opíparo almuerzo. Los comensales invadieron atropelladamente el comedor, donde, si todo llevó el sello imborrable de los excesos de la víspera, al menos se notó algún rastro de existencia y de pensamiento como en